

kilos, símbolo nada común de condena y fracaso. *De tipo peligroso*, el segundo capítulo, comienza en 1985, cuando Ángel sueña con un contrato millonario en la Liga Estadounidense y el cadáver de su hermana sigue su ronda espectral. Los años han de transcurrir hasta llegar al episodio que cierra la obra, *Corazón ofensivo de Tucson*, ambientado en 1998. También aquí el béisbol subraya en todo su valor el infortunio de los protagonistas. De hecho, según oímos durante la función, la historia de ese deporte resume la historia del siglo: «la lucha entre el patrono y el obrero, el inmigrante y la asimilación, el mito y la naturaleza de los héroes, villanos y bufones, el papel de la mujer y la lucha de clases en nuestra sociedad».

Ott es un contemplador irónico. Su estilo, producto de una observación profunda de las jergas, reproduce los tonos del habla suburbial, sus cadencias y turbiedad. Esa destreza queda también de manifiesto en la esmerada estructura de la obra, fiel al desarreglo humano que la orienta.

**En busca de Klingsor**, Jorge Volpi, Seix Barral, Barcelona, 1999, 442 pp.

El único medio de atajar el mal es inventar estrategias para convivir

con él. En este procedimiento, móvil de tantas composiciones novelescas, se injerta la narración construida por el mexicano Jorge Volpi (1968), una obra de difícil encasillamiento genérico, lo cual no implica que el autor haya prescindido de las falsillas para diseñar el dibujo de caracteres y la intriga. Narración histórica, novela de formación, suspense, divulgación científica: esta experiencia literaria puede revestirse de multiplicidad de formas. Consciente de ello, un defensor de la pieza, Cabrera Infante, recurre al difumino y habla en este caso de ciencia-fusión, «fusión de la ciencia con la historia, la política y la literatura para conformar eso que llamamos cultura». Acaso sirva para concretar lo dicho que recalquemos este cauce de encuentro con el mal que, según el engañoso relator, protagoniza una comunidad científica donde conviven figuras históricas e imaginarias. Desde su encierro en un sanatorio mental de la RDA, el narrador, Gustav Links, hace entrar en el relato la trama de *su* siglo. Se trata de recuerdos que ocupa en primer plano el teniente Francis P. Bacon, agente a quien ordenan la búsqueda del principal supervisor de las investigaciones atómicas del Tercer Reich, un espectro llamado Klingsor. Sin entrar ahora en descripciones innecesarias, conviene decir

que Links describe un tiempo de incertidumbre que se despliega, por una acrobacia del pensamiento, en las matemáticas de Gödel y la física cuántica.

No hay diferencias entre aquello de lo que un libro habla y cómo está hecho, recordaban Deleuze y Guattari. De ahí que la incertidumbre que comentamos no se limite al dilema moral vivido por los personajes. También desde este ángulo, Volpi escapa en su novela del determinismo estructural –y verificador– que afecta a muchas novelas de misterio, y prefiere el regateo, las bifurcaciones, los bucles del intelecto, planteando un marco de lectura lleno de desplazamientos, donde la objetividad se torna confusión.

Es interesante comparar *En busca de Klingsor* (Premio Biblioteca Breve 1999) con la obra teatral *Copenhague* (1998), de Michael Frayn, en la que también se fabula sobre el encuentro entre Heisenberg y Bohr, reflexionando acerca del modo en que los físicos eligen cierto orden (científico, ético) para explicarse a sí mismos un mundo de caos y confusión. Bajo esta perspectiva, ambos autores desbaratan esa certeza que suele asociarse al quehacer científico.

**Fatamorgana de amor con banda de música**, *Hernán Rivera Letelier*, Seix Barral, Barcelona, 1999, 251 pp.

Formado en las explotaciones salitreras, el chileno Hernán Rivera Letelier (Talca, 1950) dirige sus simpatías hacia los mineros del desierto de Atacama, una comunidad de la que ya sacó partido literario en *La Reina Isabel cantaba rancheras*, premio de Novela del Consejo Nacional del Libro y la Lectura en 1994.

Leyendo a Rivera Letelier, se descubre un mundo que intenta sustraerse a la necrosis, un mundo de fábula, totalmente interior, cercado por el sol abrasante y los remolinos de arena. Todo el programa de la obra del escritor chileno parte de su observación transfiguradora, un punto de vista que nos dice mucho sobre esta *Fatamorgana de amor con banda de música*, cuyo título recuerda esos espejismos que confunden a los aviadores cuando reverberan las arenas. Conviene añadir que los reflejos de la novela son de amor y atañen a un grupo de músicos, a cual más singular, convocado para homenajear al presidente Carlos Ibáñez del Campo, de gira por la zona. La fecha en que confluyen los distintos pliegues de la obra es el 7 de agosto de 1929, cuando la locomotora presidencial ha de reabastecer-

se en Pampa Unión, un pueblo que también tiene algo de fantasmagoría, pues aunque pertenece a la jurisdicción de Antofagasta, no figura en los planos y el desierto parece devorarlo con pausa. Por analogía con ese escenario maldito, el trompetista Bello Sandalio, músico de burdel, y la pianista Golondrina del Rosario, animadora de películas en el Teatro Obrero, viven un conmovedor lance amoroso, punto y aparte de una historia coral donde también hay más víctimas, castigadas por la represión política o, simplemente, por la mala fortuna de habitar un territorio abandonado a sí mismo.

Rivera Letelier se lanza a construir esta senda con iluminaciones fantásticas, vuelto a la melancolía, aun cuando no evite los vaivenes tragicómicos que parecen determinar el sino de Pampa Unión, esa plaza (espectral) cuyos concurrentes no es difícil imaginar gracias al cuidado puesto en su descripción. Escrita con ritmo vivo, la novela está bien resuelta, incluso en los momentos de manifiesta musicalidad poética que sirven para sostener el ensueño. Así alcanza el autor su meta, que es plantearse los problemas del destino humano en una atmósfera enérgica y sensual, donde no se ha agotado aún la esperanza que da cuerpo a las aspiraciones sentimentales.

**Amuleto**, Roberto Bolaño, Anagrama, Barcelona, 1999, 154 pp.

La confrontación de esta novela de Roberto Bolaño (Santiago de Chile, 1953) con previos ejemplos de su obra, caso de *Llamadas telefónicas* (1997) y *Los detectives salvajes* (1998), permite descubrir un reordenamiento progresivo del dominio de experiencias que constituye la sustancia misma de su literatura. Ya percibimos en su narrativa ciertas ideas comunes. Por ejemplo, la pareja evaluación de figuras reales y apócrifas, ligada siempre a ese cruce de recuerdos de juventud que viene a encarnar el joven Arturo Belano, azarosa versión del propio novelista. A ello cabe añadir los parlamentos habituales en las logias de obediencia literaria, y también la evocación del estado de espíritu propio de Latinoamérica en los años sesenta y setenta.

La cualidad irónica de anteriores piezas se formula de nuevo en *Amuleto*, una historia de fantasmas que comienza en México D.F. el 18 de septiembre de 1968, cuando granaderos y policías reprimen el movimiento estudiantil y toman por asalto la universidad. Quien habla de todo ello es la narradora, Auxilio Lacouture, una poetisa uruguaya que inicia esta fábula escondida en los lavabos de la Facultad de Filosofía y Letras. Percibimos con ello su personal mitografía: una genuina

república de sombras donde se van descubriendo los velos del pasado y del futuro. Al descender por la brecha, el misterio sólo se explica por una certeza de lo más inocente: «la memoria juega malas pasadas cuando la luna menguante se instala como una araña en el lavabo de mujeres». En todo caso, sabremos por boca de la relatora que un día empujó la puerta de León Felipe y Pedro Garfias, empleándose como doméstica en su hogar. La anécdota se amplía luego en una galería viviente cuya heteogeneidad alberga figuras auténticas e inventadas. Producto tal vez de ese entramado, casi todos los personajes, desde la poetisa Lilian Serpas a la pintora

Remedios Varo, despiertan a lo largo del viaje subterráneo, pero luego son absorbidos por el vacío en la sucesión incontenible de fechas y olvidos.

A pesar de su candor, las palabras de Auxilio parecen hechas para refractar la memoria. Es así como verifica los afectos hasta desembocar en los límites del remolino, sobre el fondo de pasión y muerte donde se resuelven los pleitos de la novela. En este sentido, quizá el aporte más valioso de la entrega sea, justamente, la convergencia entre un anecdotario libresco y el ciclo simbólico que lo envuelve.

**Guzmán Urrero Peña**